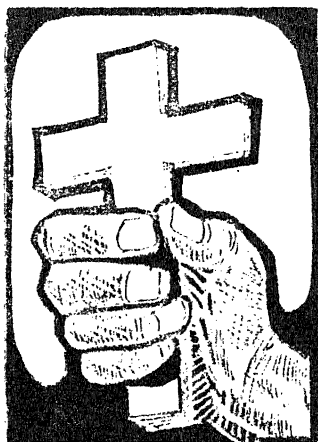


FE, AMOR Y ESPERANZA EN UN MUNDO INJUSTO



COMENTARIO A
MARX Y LA BIBLIA

J. I. Gonzalez Faus, S.J.

Tomado y extractado del "Comentario a MARX Y LA BIBLIA de J.P. Miranda" aparecido en Actualidad Bibliográfica 10 (1973) 385-399 y reproducido parcialmente después en: González Faus "LA TEOLOGIA DE CADA DIA", Salamanca 1976.

El principal punto de la obra de Miranda: "Marx y la Biblia" es la tesis siguiente: La justicia vendrá por medio de la fe en ella. Esta afirmación central aparece repetida de diversas maneras: dentro de la historia hay un éschaton. O bien: los profetas como Jesús y Pablo están convencidos de que la justicia sí se realizará en la tierra. O: la fe es creer que nuestro mundo tiene remedio.

Pues bien, partiendo del "escándalo para los judíos" (1,Cor.1) vamos a formular provocativamente lo escandaloso de la fe exactamente desde la tesis contraria a la de Miranda.

1.- Es probable que la justicia no se realice nunca en la tierra.

No está nada claro que en la Biblia aparezca el convencimiento de lo contrario. De lo que está convencida la Biblia (y mucho más de lo que solemos decir) es de que hay que realizar la justicia. Y vamos a tratar de mostrar que ambas afirmaciones son diferentes. Cada injusticia concreta puede y debe ser eliminada de la historia. Pero existe una dinámica de degeneración (quizá la misma que hizo que la injusticia comenzara ya desde el principio) cuya desaparición no está garantizada. Es la misma dinámica que hacía a Pablo avisar que la salvación ha de realizarse "con temblor y temor". Miranda parece desconocer esta dinámica y sufre con ello un engaño muy semejante al que sufrió la Iglesia primera cuando, a raíz de la certeza del triunfo definitivo de Cristo, parecía creer que el pecado ya no era posible entre los cristianos. La carta a los hebreos y todas las luchas a propósito de la "segunda penitencia" permiten entrever esa creencia, y cómo las primeras constataciones de que el pecado a pesar de todo seguía siendo posible, provocaron reacciones que trataban de salvar la creencia mencionada a base de negar al pecado del creyente toda posibilidad de arrepentimiento y de penitencia. La Iglesia tardó siglos en convencer de la posibilidad y de la necesidad de penitencia frecuente para el cristiano. Y es innegable que este convencimiento implicó un cierto "pacto con el mundo" y una cierta degeneración del fervor primitivo.

Y aún hay otra razón para cuestionar el aserto de que la justicia sí que se realizará en la tierra. Y es la siguiente: la justicia desborda siempre, paradójicamente, todas sus realizaciones materiales. Ninguna de las luchas incontadas y victoriosas que los hombres han librado por la justicia y la libertad consiguieron encarnar a la justicia en su triunfo. La humanidad ha ganado en su historia mil batallas liberadoras que no han supuesto la liberación de la humanidad. Cada esclavitud vencida descubría o producía otras nuevas. El proletario que hace cien años ganaba en Manchester su primera huelga por unas reivindicaciones increíbles como son las jornadas laborales de doce horas para los niños en

la industria de algodón, quedaría hoy seguramente atónito ante los términos de reivindicación con que hoy se plantean muchas luchas obreras. Pero no hay que engañarse: a nivel de conciencia el proletario de hoy vive oprimido con la misma o mayor intensidad que su tatarabuelo de Manchester. Y (contra lo que piensan quienes declaran escandalizados que "esa gente nunca tiene bastante") tiene toda la razón.

Esta imposibilidad de fijación de la libertad y de la justicia son fundamentales para el creyente en la forma como, desde su fe, trata de explicarse la existencia. Porque esta explicación es lo que ha de hacer que el creyente se rebele siempre contra la tentación, cada vez más al alcance de la mano, de "adecuar los hombres al ambiente ya que no podemos adecuar los ambientes a los hombres". Las posibilidades de esa primera adecuación, sea en la forma de sociedades de consumo, de manipulación por los medios de masas, o en la forma pronosticada por A. Huxley en "*Un mundo feliz*", son cada vez más realidad. En la rebelión contra ellas se encuentran juntos el creyente y el marxista; y hoy en día se encuentran prácticamente solos contra todos los demás. Tal adecuación si que sería realmente "el fin de la historia" aunque en forma muy distinta a la esperada. Pero si es cierta la identidad entre Yahvé y la justicia, tan agudamente puesta de relieve por Miranda, entonces valen de la justicia todas las frases clásicas con que la tradición cristiana subrayaba la trascendencia de Dios: *uistitia semper maior* o *libertas semper maior*: cuando se la posee, ya no es la justicia (si *comprehendis non est Deus*). Y existe realmente una traducción política del famoso *cor inquietum* de Agustín.

2.- La fe cree en la justicia aunque sabe que nuestro mundo quizás no tiene remedio.

Todas estas consideraciones nos llevan a afrontar otra de las fórmulas de Miranda. Nuestro mundo ¿tiene remedio?.

Vamos a dar una respuesta negativa a esa pregunta.

Con temor y temblor también porque implica el riesgo de ser malentendidos. O suscita la reacción de aquella jocista en Murcia: "es que si es así, entonces yo me desapunto". Por eso habrá que mostrar que dicha respuesta no sólo no elimina el compromiso del cristiano, sino que éste -para ser específicamente cristiano- ha de pasar por ella.

Nuestro mundo tiene remedios (en plural) evidentemente. Pero la fe no consiste en creer que nuestro mundo tenga remedio (en singular) porque es muy probable que no lo tenga. Temo que la afirmación contraria implique una falta de lucidez y con ella una alienación que, a la larga, conducirá sólo al desengaño del que abandona o al fanatismo de quien canoniza el triunfo de la propia causa (si es que lo obtiene) negando todo progreso a partir de él y cayendo en un nuevo totalitarismo del último orden establecido. De ahí la terrible advertencia de A. Gide: "No hay nada más conservador que un revolucionario en el poder".

Al menos no creo que se pueda imponer tal tesis, en nombre de la fe, a quienes (si se quiere por razones temperamentales o por lo que sea) piensan que el mundo les impone una visión contraria y no creen poder abandonarla sin pecar contra la honradez intelectual.

Por ello preferimos formular de manera algo diversa las famosas tesis de Miranda:

- la fe es creer que tiene un sentido luchar para que nuestro mundo tenga remedio;

- la fe es creer que tiene un sentido luchar para que nuestro mundo tenga remedio, porque Dios interviene en la historia;

- la fe es creer que tiene un sentido luchar para que nuestro mundo tenga remedio, porque Dios interviene en la historia precisamente en Jesucristo.

La primera tesis puede ser más o menos común al cris-

tianismo con otros humanismos. Pues en realidad expone un valor que es posible captar a nivel axiológico (aunque se capte como valor inseguro, o cuestionado por otras percepciones que tampoco deben negarse, si se ha de ser intelectualmente honrado).

Las otras dos exponen lo que diferencia al creyente. Pero ahora nos interesa comentar la primera (aunque no dejemos de hacerlo a la luz de las otras dos). Dicha tesis implicará para el cristiano un momento en que la fe, además de incluir la esperanza (como Miranda había notado) se contradistingue de ella (cosa que Miranda no hacía notar identificando a ambas). En una palabra: el momento en que la fe (además de ser *in spe*) es *contra spem*.

Acabamos de decir que este momento es absolutamente fundamental en la fe cristiana. Creo que es también absolutamente típico de Jesús de Nazaret, el cual polariza, a la vez, la esperanza del antiguo testamento y el desengaño del antiguo testamento; y realiza la esperanza del antiguo testamento bebiendo hasta las heces el cáliz del desengaño veterotestamentario. Jesús, en quien la "utopía" de su predicción contra la ley, contra el templo y el culto, sobre la cercanía del reino de Dios y en favor de los "impíos" y de los desechados, coincide con la aceptación hasta el fondo de la maldición de la ley (Gál. 3,13), el ser "contado entre impíos" (Lc. 22,37) y la muerte. En sus propios sufrimientos aprendió la obediencia (Heb. 5,7) significa: en sus sufrimientos aprendió que el destino del hombre sólo se realiza en la aceptación.

Y todo esto significa, de cara al compromiso del cristiano, un punto importante que podemos calificar como la primacía del amor intrahistórico sobre la esperanza intrahistórica. Y precisamente este punto empalma a maravilla con la interpelación de la justicia tal como la describía Miranda en la primera parte de su libro. Interpelación que, como notaba Miranda, es lo único que permite una verdadera alteridad. En cambio nos parece que su exégesis de Romanos ha contradicho aquellas afirmaciones sobre el Dios neotesta

mentario: pues en la afirmación de que el "mundo tiene remedio", se construye en realidad una imagen de Yahvé y se evacua el carácter absoluto de la interpelación de la justicia: ésta queda como una interpelación condicionada al hecho del remedio. Esta especie de "condición" no debe ser puesta por el cristiano cuando se compromete. Y éste es el punto que me gustaría aclarar.

En otros momentos me he valido para aclarar este punto de una comparación tomada de circunstancias personales. Permítase esta referencia personal. Un matrimonio amigo tiene un niño ciego. Pasada la primera alegría del nacimiento, sobrevino la alarma porque el niño no daba señales de ver. Y tras varios meses de calvario indescriptible para los padres se confirmó el veredicto médico: la criatura no tiene remedio.

El médico ha terminado su misión con este veredicto. Los padres no. Y ésta es la diferencia. Fue preciso tiempo para "tragarse" la realidad; pero como consecuencia del veredicto se ha multiplicado la entrega al niño, la búsqueda de centros y formas de educación, de vías que posibiliten al chiquillo el descubrimiento de los otros y la apertura a ellos, de pedagogías que eviten traumas en su desarrollo psicológico, de suplencias, etc., etc. Esta búsqueda ha comenzado para los padres y no cesará nunca. En ella se han engrandecido y en ella serán posibles mil remedios y mil avances concretos; pero "el remedio" definitivo, con mucha probabilidad está definitivamente cerrado y los padres lo saben. Su entrega al niño ya no se mueve, como en los primeros días, por la fe-en-la-posibilidad-del-remedio, sino por aquello que es más grande que la esperanza: por el amor al niño. Se mueve simplemente porque es su hijo.

El mundo es nuestro amor ciego. El cariño hacia él ha de pasar por el momento desgarrador en que se cree escuchar el diagnóstico cruel. Toda imaginación de lo que es este momento quedará corta para quien no lo haya vivido, para quien no sienta el mundo como suyo. Pero en lo desgarrador y en la entereza con que nos lo hayamos tragado residirá quizá la medida de verdad con que su llamada nos interpela y nos

obliga a trascender auténticamente. Miranda corre el riesgo de haber falsificado esta medida de verdad.

Creo que esta fundamentación no elimina en absoluto la intensidad del compromiso del creyente, para quien ha hecho la experiencia del valor absoluto del hombre como *filius in Filio*. Hasta el extremo de que si pensara lo contrario abandonaría esta fundamentación. Es importante notar esto por que, desgraciadamente, argumentos semejantes se han esgrimido y esgrimen todavía para criticar el compromiso revolucionario de muchos cristianos: comprendiendo que no se puede combatir su generosidad, se combate su "ingenuidad": el clásico relego de la plenitud de la esperanza a la otra vida se esgrimía como arma contra el intento de anticiparla a esta vida, desconociendo con ello hasta qué punto "el amor urge" (2 Cor. 5,14), desconociendo hasta qué punto la moral consiste para Pablo en que si hemos de resucitar vivamos como resucitados ya ahora, y desconociendo que para los autores veterotestamentarios, la otra vida sólo es otra en la medida en que empieza aquí. Por eso pienso que lo expuesto no elimina en absoluto la intensidad del compromiso cristiano: la impaciencia del amor es todavía mayor que la impaciencia de la esperanza.

Quizá sí que se vuelve este compromiso más difícil. Pero con ello también se vuelve más desinteresado. Se libera. Y el cristianismo debería dar testimonio de esta nueva liberación, que es la libertad de su propio compromiso, de la necesidad del éxito para él. Quizá aquí sí que podría suceder que lo demás "se nos diese por añadidura". Moltmann ha escrito en alguna parte que los cristianismos podrían aportar a la revolución simplemente un poquito de humor. Mientras que el voluntarismo de muchos revolucionarios se asemeja peligrosamente a algunos conventos antiguos en los que se pensaba que la santidad estaba al alcance de la mano y que había que conseguirla a toda costa. Por desgracia (y por una paradoja típica) tales conventos solían ser fuentes de neurosis y de falta de veracidad. Y sería triste que el pelagianismo secularizado de muchos revolucionarios fuera a pasar por el mismo sendero.

Señalamos ahora que todo esto no elimina las esperanzas intrahistóricas. Pero son sólo remedios, no son el remedio de nuestro mundo, no son el ultimum. Así, por ejemplo, se puede estar verdaderamente convencido de que el socialismo llegará. La historia lo ha hecho posible y parece contener una dinámica hacia él que no podrá ser parada por todos los agoreros interesados. Ni tan siquiera en los países como el nuestro, donde más lejano parece. Pero el socialismo tampoco será el remedio de la historia, ni la plenitud de sentido de la vida (aparte de que podría ser un deterioro de aquél: ¡hay socialismos como el de Orwell en "1984" y hay socialismos como el que canta Miranda! Y de nosotros dependerá cuál va a ser el que venga). Sin embargo aun en el caso de que hagamos llegar el mejor de los socialismos, seguirá el *cor inquietum* de la historia, y la humanidad se descubrirá presa de nuevas contradicciones hoy desconocidas.

CONCLUSION

Y creo que es posible desde aquí empalmar con la tradición cristiana, con tal que sepamos hacer el salto a contextos culturales diversos, más privatizados y más espiritualistas. Cuando Ignacio de Loyola intentaba combatir con alguna institución la plaga de la prostitución en Roma, respondió a las críticas de quienes le aseguraban que aquello era imposible "que a él le bastaba con evitar un solo pecado en una sola noche", para creer justificada su empresa. Ignacio pensaba que cuando se ha comprendido lo que es pecado su argumentación era irrefutable. Así, cuando se ha comprendido lo que es la justicia, basta una sola victoria para justicar el compromiso del cristiano: bien entendido que esto no significa hacerlo más modesto en sus aspiraciones (las imágenes motoras siempre son las utópicas) sino más insensible al desaliento porque no se mueve por la esperanza del éxito palpado. La posición cristiana ha de tener toda la ilusión del fanático y toda la lucidez del escéptico. Ha de dar valor al hecho de que la Biblia la integran los profetas y los sapientiales. Cuando por ejemplo, ya no se siente rabia ante una nueva claudicación de la jerarquía con los poderosos de este

mundo, es mejor no ordenarse sacerdote. Pero si la rabia que se siente es tal que lleva a sacar las cosas de sus quicios y a "pedir los papeles para largarse", entonces es mejor no ordenarse también.

Y vale la pena indicar cómo desde aquí se verifica una recuperación muy importante de una de las categorías más clásicas de la teología: la del pecado original. Sin pretender ahora agotar todos los aspectos del tema, digamos al menos que el pecado original se manifiesta hoy en la imposibilidad de construir el reino. El hombre de hoy tiene una secreta tendencia a reducir el pecado original a solos pecados personales (Miranda sólo ve en la narración de Adán un aviso de que las cosas no eran así al comienzo y por tanto pueden no ser así. No valora en cambio el dato subrayado por él mismo de que la caída está colocada "antes" de que comience la historia concreta, la cual -como él nota bien- comienza propiamente con la narración de Caín en Gén. 4). De esta manera parece que es más fácil la empresa. Si sólo se trata de fallos "históricos", accesibles, ha de haber remedio histórico. Uno llega insensiblemente a creer sin confesarlo que nosotros somos los primeros hombres de buena voluntad. Y con ello, que la buena voluntad arreglará todas las cosas. Pero quizá las cosas no son tan sencillas. En los grupos radicales es muy frecuente hoy la crítica al socialismo ruso. Y nada digamos de la crítica a determinadas formas de vida, instituciones y riquezas eclesiásticas. Y bien, si los rusos o los tales eclesiásticos fueran señores que un día hubiesen dicho: vamos a odiar a la persona y a construir una sociedad del terror burocrático bajo el amparo del socialismo... o: vamos a montar el gran tinglado con la excusa del cristianismo... entonces resulta relativamente fácil descalificarlos y esperar de nosotros algo mejor. Pero si lo que dijeron fue: vamos a hacer justicia en una sociedad necesitada de ella... o vamos a llevar al cristianismo hasta la construcción de la sociedad... entonces es para impresionarse, y no hay absolutamente ninguna garantía de que de aquello que nosotros esperamos y tratamos de hacer, no salga algo muy semejante a lo que de ellos ha salido.